

Ignacio Alcuri
“Sopa de pollo”

Antonio llevaba un ratito esperando el pedido. Mientras picoteaba unos grisines, un mozo de espeso bigote se acercó a su mesa.

– ¿Puedo ofrecerle una copa de nuestro mejor vino? Cortesía de la casa.

Antonio no reconoció la marca, Locker de Satán, pero confió en la palabra del mozo y aprovechó la cortesía. Bebió todo lo que le habían servido. Tenía un gustito raro. Descartó pedir una segunda copa.

Los panecillos ayudaron a quitarse el sinsabor de la boca. Otro mozo se acercó con la comida, que ya había tardado un buen rato.

– Su sopa de pollo, nuestra especialidad.

– Justamente, por eso fue que vine. Muchas gracias.

Antonio extendió la servilleta sobre su regazo y comenzó a tomar la sopa. Era mucho más rica que cualquier recomendación. Un manjar de los dioses. Ya llevaba más de medio plato cuando algo llamó su atención. El extremo de un pelo se había enredado en la cuchara. Su estómago se revolvió un poquito. Levantó el pelo, para sacarlo del plato en su totalidad, pero parecía no tener fin. Tiró varias veces hasta terminar con un pelo que medía algo más de metro y medio. Indignado, llamó al mozo.

– Esto es desagradable, mire el pelo que encontré en mi sopa. Una inmundicia.

– Le pido mil disculpas. Déjeme retirarle el plato, que enseguida le traigo otro.

– ¿Para qué? Para que cambie el líquido de plato y me traiga la misma sopa contaminada? Además este pelo es demasiado largo. Acá hay algo raro.

Los clientes del restaurante prestaron atención a la voz alzada del cliente insatisfecho. Esto le dio ánimos para continuar su cruzada por los derechos del consumidor.

-¡Exijo hablar con el cocinero de inmediato! -dijo, hinchando el pecho de orgullo.

-Bueno, tranquilícese. No hay necesidad de hacer una escena. Venga conmigo a la cocina.

Antonio y el mozo atravesaron las puertas batientes.

Allí encontraron al chef, troceando una pieza de carne sospechosamente grande.

-Che, Willy, te traigo un cliente que tiene una queja de la sopa de pollo.

¿En serio? No me va a decir que estaba fea...

– La verdad es que es la sopa más rica que probé en muchos años -resignó Antonio-. Pero no justifica el pelo gigante que flotaba en mi plato

-Le ruego me perdone. -El chef se agitó- Se me debe haber caído mientras la preparaba. Para compensar el bochorno, hoy será nuestro invitado.

Los nervios del chef aumentaban el escepticismo de Antonio. Eso, y que el chef estaba rapado. Sacó el pelo de su bolsillo y lo dejó caer hasta el suelo. Era apenas más corto que la altura total del cocinero

– ¿Usted cree que yo soy estúpido? -No le gustó que le tomaran el pelo, sin importar su longitud-. Acá hay gato encerrado. Este pelo no puede ser suyo.

No... por supuesto... debe ser... de... el repartidor de Granja Moro. ¡Sí, sí! Ese tipo tiene el pelo larguísimo. Debe ser rockero, o hippie. Pero es muy higiénico.

su historia.

El sudor en la frente de Willy no ayudaba a hacer creíble.

-Usted esconde algo.

- ¿Yo? Imposible.

El chef se movió hacia un costado, colocándose delante de una gran sábana y extendiendo sus brazos en un gesto protector.

Antonio no pudo resistirlo. Empujó al tipo y tiró de la sábana. Al caer reveló una extraña estructura electrónica.

Parecida al marco de una puerta, pero repleta de cables y luces. Y con un panel al costado.

- ¿Qué es esto?

-Bueno, me rindo. Se lo contaré todo. Esto es una máquina del tiempo. La encontramos cuando compramos la casa en un remate. Nadie sabe qué fue del dueño anterior. Nosotros la utilizamos para variados propósitos. Es lo único que nos permite mantener el negocio en estos tiempos de crisis.

- ¡Esto va más allá de lo ridículo! ¿Qué tiene que ver con el pelo en mi sopa?

-Mi hermano Néstor y yo siempre estamos experimentando con nuevos sabores, aprovechando la máquina.

Hace poco descubrió que la carne de mamut bien cocida recuerda a la del pollo, pero con mucho más sabor. Al poco tiempo se convirtió en el plato más pedido. Supongo que en el apuro por servir tanto mamut me quedó algún trozo mal despellejado.

-No sé qué clase de problema mental tiene, pero me resisto a seguir escuchándolo.

Antonio enfiló hacia la puerta, pero un sonido lo hizo detenerse. El monitor mostraba "70 millones de años" y el portal estaba largando mucho humo. Un hombre vestido de cazador apareció cargando un velocirraptor en el hombro.

-¡Willy! Ya podés volver a poner el carré de cerdo en el menú. Con este tenemos para un par de semanas -dijo eso e hizo mutis.

-¡Esto es una violación a todas las leyes de la física cuántica! Sin contar las innumerables faltas a los controles bromatológicos. Stephen Hawking se retorcería sin parar si no lo estuviera haciendo desde hace años.

-Nosotros no construimos la máquina. Solamente la utilizamos sin el menor escrúpulo y sin conciencia del posible daño al continuo del espacio-tiempo.

-Precisamente. Esa máquina debería estar en manos del gobierno. Y así será. Voy a denunciarlos ante las autoridades.

-No sea idiota, no va a ir a ninguna parte -el chef sonó amenazador.

-El idiota es usted. Soy campeón de Kung-Fu, así que no hay nada ni nadie que evite que me dirija hasta el Ministerio de Industria y Energía.

-Tal vez este poderosísimo veneno le haga cambiar de Willy tomó de una repisa una botella etiquetada con una calavera y dos huesos.

Si cree que voluntariamente voy a tomarme eso, es más estúpido de lo que pensé.

-Qué mente estrecha la suya. -Sonrió de manera maquiavélica-. Tengo una máquina del tiempo a mi disposición. ¡Carlitos!

Por las puertas batientes ingresó el mozo del bigote espeso.

-Servile al señor un trago. Cortesía de la casa.

El chef pegó cuidadosamente una etiqueta que decía Locker de Satán sobre la botella de veneno. Se la dio al mozo, que entró al portal del tiempo y marcó "15 minutos" en el

monitor. Unos segundos después el mozo regresó, cargando la botella con menos contenido, le hizo la señal de OK con los dedos al chef y se fue.

Antonio se puso muy nervioso

-Pero. . . pero.. . pero, yo ...

-El veneno recién debe estar haciendo efecto. En pocos segundos usted estará más muerto que la madre de Ray Bradbury. Mi hermano usará su cadáver como carnada para atraer dinosaurios marinos. No luce, o la muerte será más dolorosa.

Antonio cayó al piso y de su boca empezó a salir espuma.

En menos de un minuto había muerto.

-¡Néstor, ya tenés carnada para la buseca! -gritó Willy.

Y Néstor volvió a entrar a la cocina, todavía vestido de cazador y cargando un anzuelo gigante debajo del brazo.